

La Crisis Económica Nacional y sus manifestaciones

Por: Econ. Carlos León González*

Procuramos desarrollar aquí una idea básica, fundamental la siguiente: la circulación de mercancías es el punto de partida del capital y los elementos que a la circulación mercantil concurren, la mercancía y el dinero, son a la vez elementos que están inscritos en la circulación particular del capital; en otras palabras, decimos que el movimiento general del capital es indisoluble del movimiento general de las mercancías, de que la dirección general del movimiento del capital: comprar para vender con ganancia, no puede separarse de su movimiento opuesto: el de vender para comprar; más, diremos que el primero se produce a expensas del segundo y de que, por tanto, depende de éste.

Este es un razonamiento teórico y por ello es, simultáneamente, un razonamiento práctico; su carácter práctico radica en lo siguiente: antes que pensar en un capitalismo dependiente habría más bien que reflexionar y, como hecho cierto, en la circunstancia de que todo capital depende del mercado, de que la propiedad privada capitalista para poder existir depende del mercado. Esto quiere decir además que la fuente del interés es la ganancia y de que no hay producción efectiva de beneficios al margen del consumo, del mercado, de la transformación efectiva del capital mercantil en capital monetario, forma transfigurada de la necesidad absoluta de la conversión de mercancía en dinero en la sociedad mercantil.

(1) Intervención en mesa redonda sobre la Crisis Económica Ecuatoriana y sus Manifestaciones.

(*) Director Técnico del Inst. Invest. Económicas y Políticas Universidad de Guayaquil.

De ahí que, para nosotros, el análisis de las manifestaciones de la crisis económica contemporánea y de las posibilidades de reactivación, debe partir desde la compra-venta mercantil, el acto más general y cotidiano a través del cual se produce nuestra vida, la socialidad del individuo, la relación de éste como individuo aislado con la sociedad; debemos partir pues desde la vida real misma, es decir, del modo como el hombre ha organizado, socialmente hablando, la producción de su existencia en la sociedad mercantil.

Por ello, partimos desde el mercado y de la forma de propiedad privada que a través de él se constituye. Mas, y ya lo hemos indicado, si nos percatamos de que en la circulación general de las mercancías está contenida la circulación particular del capital por cuanto éste circula como mercancía.

No estamos aquí divinizando el mercado, no obstante que algunos entre ellos los neoliberales, lo consideran una divinidad, algo omnipotente. No. Simplemente nos limitamos a reconocer un hecho objetivo.

Y este hecho objetivo consiste en la circunstancia, de que el individuo existe para la sociedad sólo cuando vende y, esto por cuanto sólo puede comprar, consumir, después de haber vendido. En el mercado la sociedad mercantil deposita su vida y el hombre de la sociedad mercantil vive gracias al mercado. Pero el mundo real en el cual existimos debe producir además la vida del capital. La vida no es exclusivamente producción mercantil, la vida es producción capitalista de mercancías; la vida es la síntesis de dos movimientos opuestos, por cuanto el sistema del capital es lo opuesto al individuo en la sociedad mercantil.

Y decimos lo opuesto por cuanto el capital se constituye a través del movimiento contrario al otro en el cual se involucra la vida individual; opuesto porque se trata del movimiento de comprar para vender con ganancia, contrario al de vender para comprar.

Pero la verdadera relación, la vida y, por tanto, la muerte no descansa en la consideración aislada de estos dos movimientos antagónicos, sino en el hecho de que partir del mercado implica considerar a ambas en su unidad, en su relación y necesidad recíproca, aunque sea antagónica. Lo real es esto. Separarlos, no ver la relación, puede convertirse y de hecho se ha convertido ya en las prácticas anticrisis que intentan salvar el capital sin salvar el mercado.

Y la unidad de lo recíprocamente necesario consiste en que el capital, la negación del individuo, sólo puede existir y desarrollarse a través de la afirmación de la vida individual. Esto es una contradicción. La vida en la sociedad mercantil es contradictoria, en ella está contenida la muerte. Porque si no lo estuviese no estaríamos aquí dialogando sobre el problema de la crisis y porque la muerte se manifiesta necesariamente en la vida, produciéndose ambas simultáneamente, es que podemos argumentar que hay crisis porque la primera se manifiesta por sobre la segunda. Se trata entonces de un movimiento general que lleva a la crisis porque ésa es su dirección, ése es su sentido, porque la crisis resulta ser parte de su movimiento general, es una fase de él. Por ello se habla de auge, depresión estancamiento, reanimación y auge y, como movimiento general que lleva a la crisis nos expresa que la producción de lo humano a través de la mediación de la mercancía, no olvidemos que el capital es también una mercancía, implica simultáneamente la producción de su deshumanización, de que la tendencia a la negación de la vida individual pesa más sobre la afirmación de esta vida, por tanto, la deshumaniza más. Y esto, aunque sólo se sepa reconocer la crisis en la contracción absoluta del mercado, en el estancamiento absoluto de la vida a favor del incremento absoluto de la muerte.

Por ello es claro que podemos hablar de los problemas del hambre, una forma de violencia distinta sobre el individuo y sin que hablemos de la crisis. A este respecto podemos decir que la

crisis sólo acelera la tasa de producción de hambrientos bajo el sistema del capital.

Reconozcamos aquí lo crucial del mercado para la sociedad mercantil. El capital y el individuo dependen del mercado, para que ambos puedan existir. La empresa que no vende quiebra y el hombre que no vende perece. Por ello es que el mercado es divinizado, por ello es que la práctica de reactivación exige la salvación del mercado; ha exigido antes y lo hace ahora la expansión comercial. En este sentido hay una clara conciencia. Por ejemplo, en el documento sobre el plan de acción aprobado en la Conferencia Económica Internacional se anota; textualmente: "el proceso de ajuste deberá operar en el futuro a través del aumento en las exportaciones, en precio y volumen y, de la reducción de las tasas reales de interés y no en una limitación adicional de importaciones vitales para el proceso de reactivación económica interna".

Es decir, se reconoce la necesidad de colocar un punto final a los ajustes recesivos hasta ahora prevaecientes como práctica anticrisis. Y se toma partido por un ajuste expansivo, por un ajuste que desbloquee el mercado. Es decir, hay conciencia de que las prácticas de austeridad no han sido eficaces, pero a pesar de esto, ellas se siguen desarrollando. En definitiva, se persigue un milagro. La política económica está presa de la religión como práctica anticrisis.

Partimos pues desde la relación; partimos pues desde el mercado. De ahí estas largas reflexiones. Pero existe algo más. Y es que el mercado no sólo es el modo de organización social de la vida individual, sino que a la vez, la magnitud de la satisfacción de las necesidades humanas a través de la mediación de la mercancía está en relación con el tamaño del mercado. Si hablamos de crisis es porque el mercado se ha estancado, contraído y, esto a pesar de que su expansión absoluta precede a la crisis. Debemos pues, indicar que el mercado expresa también una

magnitud que sólo crece contrayéndose. De lo contrario, o si no fuera así no habría crisis. Y el hecho es que la afirmación de la vida individual a través de la negación de esta vida, sólo puede aparecer como un proceso de expansión comercial necesariamente ligado a la tendencia a la concentración del ingreso, reflejo de la tendencia a la concentración de la propiedad privada. Y es que el movimiento hacia la ganancia máxima sólo es tal apoyándose en la negación del consumo individual. Y toda crisis es posible atribuírsela a una explotación demasiado exitosa, cuando la tendencia a la contracción del mercado es tal que ya no permite ningún crecimiento absoluto de éste. Es claro entonces que la concentración del ingreso no puede ser extendida de manera absoluta e ilimitada y, también es clara la dependencia de la reactivación económica de la redistribución del ingreso nacional. Esta es una constatación histórica, real.

Por tanto, lanzarle un salvavidas al mercado implica para nosotros redistribuir. Hay quienes piensan de que la eliminación del freno al crecimiento económico, a la expansión comercial, puede lograrse sin redistribuir. Una cosa es clara: las prácticas de austeridad no cesan y el estancamiento comercial continúa. Sin embargo de ello, aún se confía en poder transformar al olmo en un peral. De ahí que digamos que la práctica anticrisis es una práctica de fe, del culto al neoliberalismo y a la divinización del mercado; pero lo cierto es que estamos atrapados en la tierra y no en el cielo, existimos aquí en este valle de lágrimas.

Por ello es que partimos desde el mercado, porque el mundo terrenal es el mundo de la compra—venta mercantil.

Ahora bien, sintéticamente indicaremos que la crisis económica actual se objetiva en una generalizada crisis de crédito originada en una profunda crisis de pagos que a su vez aparece o está determinada por la contracción del mercado mundial que, a 1983, según la CEPAL, mostró cumplir cuatro años de estancamiento continuo.

Esto no son elucubraciones. El endeudamiento externo actual cercano a los 800.000 millones de dólares no deja margen para ello. Veamos.

De acuerdo al actual nivel de exportaciones de nuestro país y, sin contar el endeudamiento externo contraído para financiar el gasto militar, tenemos una relación deuda exportaciones de 3.4. Tres punto cuatro quiere decir que necesitaríamos 3 años y cinco meses para cancelar la deuda externa. Pero este plazo tiene tres supuestos implícitos, 4 más bien.

- 1.— No gastar durante ese lapso un solo dólar en importaciones;
- 2.— No aumentar el endeudamiento externo incurriendo en nuevos créditos;
- 3.— La congelación en el corto y mediano plazo de la tasa de interés internacional; y,
- 4.— Que la acción absolutamente contractiva de las importaciones ecuatorianas se constituya como acción unilateral, aislada, en el contexto internacional.

En conclusión, cuatro supuestos irreales, pero ustedes pueden deducir de esa irrealidad la realidad y profundidad de la crisis de pagos. Esto por lo siguiente:

1o.— El capitalismo de ningún país y, de allí el razonamiento teórico expuesto, puede prescindir del mercado mundial, lo que es equivalente no sólo a vender sino también a comprar;

2o.— Por la profundidad de la crisis de pagos derivada de la contracción del mercado no hay necesidad de endeudarse para que la deuda externa se incremente. Se trata aquí de la capitalización del interés y de la generación de interés del interés, del desarrollo del capital ficticio, del endeudamiento ficticio;

3o.— Acaba de elevarse por cuarta vez consecutiva la tasa de interés internacional; y,

4o.— Los países deudores han reaccionado contrayendo en proporciones significativas el volumen de sus importaciones; en otras palabras no hay acción unilateral posible, pues la acción conjunta restrictiva de las importaciones como práctica anticrisis la anula por completo.

Veamos y, para nuestro país, la importancia del mercado.

Si el dinamismo de las exportaciones de fines de la década anterior (1978–1979) o de inicio de la presente (1980 – 1979) se hubiere mantenido, habríamos alcanzado los \$4.500 millones de exportaciones anuales en el primer caso y los \$3.300 millones en el segundo. Esto, pura y simplemente, quiere decir:

a) Por la contracción del mercado mundial y si consideramos el dinamismo absoluto de las ventas entre 1978 – 1979 hemos dejado de vender \$2.500 millones entre 1980 y 1983. Y no sólo eso,

b) La reducción registrada de las exportaciones en el período citado arroja pérdidas por unos 765 millones de dólares.

En síntesis y, sin considerar la evolución desfavorable de los términos de intercambio de la cual nos habla la CEPAL y el Banco Central del Ecuador, la sola contracción del mercado mundial nos ha costado unos \$3.265 millones, es decir, un 40o/o de la deuda externa total de unos \$7.000 millones.

Adviertan ustedes entonces, la estrecha relación entre la crisis de pagos y, por ende, de la crisis de crédito, de las vicisitudes del mercado.

Adviertan además la importancia de la expansión comercial para poder pagar y, que la solvencia financiera, la auténtica solvencia financiera, no consiste, no puede consistir, en dejar de comer, en extender la muerte, para poder pagar; sino en condicionar el pago a la extensión de la vida, es decir, en pagar pero vendiendo más. Por ello se ha hablado de salvar el mercado.

Hay aquí dos planos que se disocian y que por ello expresan el antagonismo que deriva de la crisis actual: el plano comercial y financiero, pues mientras la deuda crece el mercado se contrae; antes la deuda externa y el mercado crecían simultáneamente. Por ello debemos pensar que en ese crecimiento simultáneo se desarrollaba, pero ocultando la asimetría actual y reflejándose en el acelerado crecimiento de la deuda externa, el proceso de concentración del ingreso, y por ende de la propiedad privada, a escala internacional: sobrefacturaciones y subfacturaciones de importaciones y exportaciones respectivamente, a través no sólo del comercio intrafirmas, altos porcentajes de repatriación de beneficios, etc. No olvidemos que la tasa de interés llegó a ser superior al 200/o.

Aunque, claro, esa alza no importó mucho porque ocurrió en el marco de las inauditas facilidades financieras para el otorgamiento de créditos. Lo cual no es la situación presente.

Diremos pues y, esto a manera de síntesis, que el proceso de concentración de la propiedad privada, constituye el freno a la expansión del mercado y que el endeudamiento externo constituyó el medio de abrir el espacio para un mayor desarrollo del proceso de concentración del ingreso a escala internacional pero, y esto era lo importante, facilitando la expansión comercial. Ahora las tijeras se han abierto tanto, por lo cual es difícil que se unan. Por ejemplo, la idea de un club no prosperó en la última reunión de deudores y a los 2 ó 3 días se elevó la tasa de interés internacional.

Diríamos que los países deudores, considerado como deudor colectivo, aún no han alcanzado la clara certidumbre de que, al igual que Sansón, al endeudarse han escapado en realidad de las tijeras de Dalila, por cuanto se enfrentan a las exigencias de una banca internacional técnicamente quebrada y, por tanto, de una banca realmente dependiente de las posibilidades de pago de los países deudores. Diríamos que la correlación de fuerzas políticas a escala internacional se asienta en un evidente espejismo, pues la fuerza real está al lado del deudor y no del acreedor, aunque parezca lo contrario. Claro está que para quitar a la apariencia las ropas de realidad con la cual se nos presenta es necesario pensarse no como deudores individuales, sino como deudores unidos y, en singular, como deudor colectivo. Esto es de extraordinaria importancia para la coyuntura. Por ello vale la pena recalcar en el hecho de que el capital, de que el capitalismo depende del mercado. De ahí que reparemos en la siguiente y repetida circunstancia: la crisis del capitalismo se refleja en la contracción del mercado. Y además, dado el problema del gigantesco endeudamiento externo y, como hemos visto, para pagar se requiere vender y por tanto que alguien compre, se requiere pues el crecimiento del mercado, ligado a un proceso de redistribución del ingreso a escala internacional como verdadera práctica de reactivación. Esta es una conclusión lógica a partir de lo expuesto, pero también es histórica. Esto nos lleva a lo siguiente, constituyendo el mercado el centro de gravedad; nos lleva a la práctica anticrisis presente y futura, a una realidad capitalista tan hostil e internacionalizada, por ello hablamos de mercado mundial y, en la cual la propia tendencia a la redistribución y reactivación derivada del gasto estatal toma, cada vez más, la forma de un gasto inconsumible, del gasto militar, acentuando la concentración de la propiedad privada y, reduciendo más el salario real de los que no se endeudaran en los países deudores.

La crisis todo lo pone en entredicho. Los fetiches se resquebrajan convirtiéndose en polvo y, reflejando las angustias

de la vida que ve su espacio transformada cada vez más en espacio de la muerte. Primero, es claro que el bilateralismo económico en el cual se asientan los intentos de salidas individuales al endeudamiento ha mostrado ser ineficaz. Segundo, la famosa teoría de la locomotora, según la cual la reactivación del sur debe venir precedida de la reactivación del norte constituye aún una interrogante. Y afirmamos nosotros con respuesta negativa. Es claro por ejemplo, que la economía norteamericana por su elevadísimo déficit fiscal, por su enorme deuda externa expresada en el socavamiento de la posición internacional del dólar ligada al gigantesco gasto militar, a la militarización de su economía que se resguarda por atrás del déficit fiscal, por el multimillonario déficit en balanza comercial, lo cual nos refleja la pérdida de competitividad de las exportaciones norteamericanas, por el proteccionismo comercial y por la política monetaria restrictiva, todo ello reflejado en la tendencia alcista de la tasa de interés internacional a la cual contribuyó la administración Reagan con su negativa a entregar recursos al FMI, difícilmente puede constituirse en la locomotora de la reactivación económica del capitalismo. Y tercero, porque no pueden ser las prácticas de austeridad pensadas como prácticas económicas permanentes.

Por ello podríamos decir que en la práctica anticrisis presente se manifiesta la crisis, pero no en el sentido de que la crisis se objetiva en ella para luego ser abolida, superada. No. Indudablemente hay la necesidad de una práctica anticrisis que ello permita. Pero de lo que se trata aquí es de la ejecución de una práctica que más bien porta la crisis porque reproduce, mantiene y profundiza su modo de objetivación: la contracción del mercado. Resultados: el mercado agrade al individuo y el capital financiero se piensa como independizado, autonomizado del capital productivo. Parece como si el interés ya no dependiera de las ganancias del capital en la esfera directamente productiva, como si el dinero pudiera parir más dinero sin ninguna necesidad de contaminarse con el mundo de la mercancía. Si para pa-

gar se requiere vender más y redistribuir, la práctica anticrisis muestra que se busca pagar vendiendo menos y sin redistribuir, para enfrentar la crisis de pago y por ende la crisis de crédito. Constituye pues la objetivación de las presiones para el pago del servicio de la deuda externa, pero no de la deuda y, en el marco del desarrollo del capital ficticio, lo cual se expresa en el incremento ficticio de la deuda externa asentada en la contracción del mercado mundial; contracción que no es otra cosa que la forma modificada de la contracción del mercado interior.

Diríamos y, reafirmando el análisis inicial, que la vida económica agrade la vida individual. La secuencia es clara: devaluación permanente constitutiva de una macrodevaluación, reducción intensa del salario real, de la producción, del empleo; en suma una práctica concentradora del ingreso como práctica anticrisis, como práctica internacionalizada, que busca permitir como si fuera posible vender más pero comprando menos, así mismo de modo general. En igual sentido aparecen las revalorizaciones. Hermana gemela de la devaluación porque al igual que ésta concentra aceleradamente el ingreso y, con clara tendencia a la revalorización de lo revalorizado, haciendo visible su efecto de concentración en el hecho de que muchos compran sin adquirir y que pocos venden con ganancia sin haber comprado; haciendo visible que la práctica anticrisis en lo interno viene promoviendo el desarrollo del capital ficticio asentado en el capital productivo, por ello es que el meollo de la revalorización se asienta en los activos fijos depreciables, pero como medio adicional, el otro lo es la práctica de la devaluación permanente, de facilitar el desarrollo del capital ficticio sobre la base del capital financiero. En síntesis la valorización del capital como prescindiendo del mercado.

Porque si todos quieren vender más comprando menos para pagar su deuda, ¿qué queda del mercado, el que es unidad de compra—venta.? Anotemos unas cuantas cifras.

ECUADOR
Periodo 1981 - 1983

CONCEPTOS	A Ñ O S		
	1981	1982	1983
Variaciones del PIB	4.5o/o	1.4 o/o	-3.5o/o
Incremento Inflación	16.0o/o	24.8o/o	51.1o/o
Decrecimiento comercio exterior (millones de dólares)	4.436	3.854	3.483.8
o/o de devaluación oficial neta acumulada (marzo/82)			158.44o/o
Grado de asociación de las necesidades mínimas a partir del salario nominal mínimo: a julio de 1984: 62o/o a enero de 1980: 94o/o			

FUENTE Y ELABORACION: I.I.E. y P., Universidad de Guayaquil.

Hay aquí un solo resultado real: el querer vender más pero comprando menos se resuelve de hecho en el querer pagar vendiendo menos. De otro modo no puede explicarse el incremento del endeudamiento ficticio en el marco de la contracción continua del mercado exterior, se trata del neoliberalismo pero devenido como fondomonetarismo, porque ambos expresan lo mismo, ser prácticas anticrisis contractivas; las que buscan salvar el mercado pero matando el mercado.

Diremos entonces que la práctica anticrisis contractiva del mercado interior representa la forma exterior y modificada de

la práctica anticrisis que contrae el mercado mundial: v.gr. algo ya expresado: el enorme gasto militar ligado al déficit fiscal norteamericano, a las prácticas monetarias restrictivas y a la necesidad del financiamiento de ambas a través de las altas tasas de interés. Diríamos que el endeudamiento ficticio por elevación de la tasa de interés y por contracción de los mercados nacionales, derivada de la reducción del salario real, financia la escalada armamentista.

Es el reinado del fetichismo esto de buscar la reactivación contrayendo los mercados. Como si los mercados nacionales y el mercado mundial no fueren en realidad partes constitutivas de un solo organismo. Una cosa es que el organismo humano no pueda prescindir v.gr. del hígado porque moriría, otra cosa es el cáncer hepático aunque por igual mate. Y otra muy distinta es que este hígado enfermo piense que puede vivir por su cuenta prescindiendo del cuerpo, es decir, es un fetichismo el que se piense o se crea posible que el salvataje del mercado mundial pueda lograrse sin que se haga necesario redistribuir para reactivar las economías nacionales.

La Conferencia Económica Internacional también fue prisionera de este fetichismo. Porque si bien el primer diálogo de deudores puede sintetizarse en un solo objetivo redistribución, éste no fue explícito y realmente planteado. Porque si bien la reactivación fue reconocida como dependiendo del mercado y, de ahí la preocupación por la intensificación del proteccionismo que contrae el mercado y las posibilidades de pago, de ahí la preocupación por la corrección de las prácticas monetarias restrictivas y de políticas fiscales que eleven la tasa de interés elevando ficticia y realmente la deuda externa, de ahí la preocupación por la búsqueda de criterios comunes que procuren reducir el servicio de la deuda y los costos de las refinanciaciones y, así por el estilo; sin embargo, no se exigió la redistribución como la condición básica y necesaria para la reactivación económica. Tanto más, por cuanto a las declaraciones y

conclusión del diálogo observamos que las prácticas de austeridad no han concluido, sino que agudizan sus efectos.

Una cosa debe estar perfectamente clara y, es la siguiente.

Por sobre las excesivas facilidades financieras anteriormente prevalecientes en el mercado mundial la decisión sobre el endeudamiento externo es interna; así mismo, el tipo de industrialización seguido, exageradamente consumidor de moneda extranjera, es un asunto interno; el endeudamiento externo que desbrozó el camino para plasmar ese tipo de industrialización tomando la forma de la deuda pública externo vía incremento del gasto público por el sacrificio fiscal, también es un problema interno; inclusive el intercambio desigual desfavorable que refleja el proceso de concentración del ingreso a escala internacional no es un problema exclusivamente externo, como tampoco lo es el gasto militar.

En otras palabras y, deseo recalcar esta circunstancia, este carácter interno de las decisiones nacionales y, no sólo para nuestro país, representó de hecho la forma exterior de la expansión del capital financiero y del mercado mundial y, simultáneamente, esta expansión comercial y financiera, anterior a la situación de crisis, significó de hecho la forma exterior de crecimiento de las economías nacionales.

Sí, el capital depende del mercado, aunque ahora se presente como prescindiendo de él en su valorización como capital ficticio. Y esta circunstancia nos hace pensar en la forma posible de la práctica anticrisis futura. No se trata de que ella reniegue de sus hostiles formas actuales, sino de que agregue a éstas una modalidad más.

El capital de todas maneras depende del mercado. Y es que en el marco del endeudamiento ficticio existe el riesgo de que se busque utópicamente la reactivación a través de la reduc-

ción de los salarios nominales mínimos expresados en dólares, lo cual es una tendencia y un hecho consumado como práctica anticrisis en nuestro país: más de \$227.30 mensuales en enero de 1980 y \$160 en junio de 1984. Por ello se busca en la importación de capitales una panacea a la crisis, pero sobre todo mediante la venta de lo que eufenísticamente se llama, tomando prestado del lenguaje contable, los activos nacionales y la reducción de los salarios nominales expresados en moneda extranjera es una garantía para su posibilidad real. De ahí que existe el riesgo de constituirnos en el país pionero de este tipo de pagos y por tal razón en vitrina especial de la economía social de mercado. Pero como es obvio, todo depende del mercado; el capital de todas maneras depende del mercado.

En esto, en la clara certidumbre de la dependencia del capital del mercado, antes que en la consideración de la existencia de un capitalismo dependiente, descansa un problema político de la más alta importancia para la coyuntura. Nos referimos a la extraordinaria fuerza política del deudor, pero del deudor unido, colectivo, que brota del terreno de la economía, de la contracción del mercado, de la crisis.

Para terminar, creo es necesario indicar lo siguiente en torno al problema de la democracia; tanto más cuando se calcula un período de 10 años para que los indicadores económicos vuelvan a tener la magnitud anterior a la situación de crisis. Sería de lamentar que el crecimiento de la población no sea ni remotamente adaptable al movimiento errático, de ascenso y descenso, de las magnitudes económicas; mas el buscar su adaptación, si se lo pensare posible, se llama genocidio. Aunque la muerte por hambre, o mejor, la profundización de la deshumanización del individuo como práctica anticrisis debe ciertamente, ser incluida, en el concepto de violencia.

Diremos pues, que la democracia constitucional, y no sólo para nuestro país, y dada la actual correlación de fuerzas, debe probarse en una situación de crisis crónica, en una situación en la que, pura y simplemente, la vida económica ahoga cada vez más la vida individual, en una situación muy extendida de vivir muriendo; saltando almuerzos como diría Gabriel García Márquez. Pero éste “debe probarse” tiene para nosotros un sentido muy específico.

Como la democracia constitucional depende de la redistribución, no se trata de probar en la austeridad la posibilidad de la más plena vigencia de las garantías de la democracia capitalista, pues la marcha del desarrollo capitalista descrita, la falta de redistribución, el acentuamiento de la concentración del ingreso como práctica anticrisis, de hecho no comporta ya, e institucionalmente hablando, la plena vigencia de las garantías democráticas tradicionales. Mucho se ha hablado de las democracias restringidas, recortadas y viables, principalmente a través de la doctrina de la seguridad nacional.

Indudablemente que la austeridad neoliberal fondomonetarista parece requerir de formas democráticas a fin de extenderse en la coyuntura actual. Por ello, la competencia electoral en nuestro país buscó vestirse con ropas de la necesidad. De ahí el riesgo que se valore la forma de democracia actual hasta el punto de convertirla en otra divinidad, en otro fetiche proclive de adoración, de culto; buscando de ese modo que la reacción a la concentración sea la inmovilidad política. Y este riesgo de divinización de la democracia, su defensa a ultranza, su defensa acrítica, la defensa del sujeto al margen del predicado para defender ese predicado, aparece carente de toda legitimidad y de necesidad histórica; mas si a esto, a lo históricamente necesario lo definimos como la necesidad de someter la vida económica a la vida individual como verdadera práctica de reactivación.

De ahí que, cabe la posibilidad de un endurecimiento de la constitucionalidad. La austeridad neoliberal despliega esa posibilidad, aunque ésta no es una posibilidad automática, al modo de la ley de gravedad. Pero se trataría de un endurecimiento que va en contra de la verdadera fuente histórica de todo derecho que la vida ha demostrado como cierto, esto es, la abolición de las realidades innecesarias.

Por ello, no es una casualidad, para nuestro país, el desplazamiento de la derecha al centro que algunos sintetizan en la fórmula del populismo de derecha vs el neoliberalismo; diríamos, no es una casualidad la vestimenta de la austeridad neoliberal con ropas de la no austeridad.

Y habría una cosa clara. La posibilidad real del desplazamiento inverso, el de retorno. Pero éste no proviene de la derecha en sí, sino mas bien de que ésta tendría como meta realizar una tarea irrealizable; lo que viene de la imposibilidad de contener indefinidamente el despliegue de las necesidades históricas, el de contener el avance de la vida, el avance hacia la humanización de la vida humana deshumanizada.

De ahí que concluyamos de que la energía de la desesperación, la reacción negativa frente a lo necesario puede manifestarse y, a lo mejor, la democracia constitucional que hemos caracterizado no se resienta en lo más mínimo, pues parece estar hecha para que esta energía se manifiesta a través de ella. Por tanto, es preciso desterrar el culto, lo divino del mundo terrenal como parte de auténticas prácticas de reactivación, que se sintetizan en la revalorización del sujeto, del hombre y no del objeto.

Guayaquil, Julio 6 de 1984.